

Still STAR
CROSSED

La muerte de Romeo y Julieta fue solo el comienzo...

MELINDA TAUB



Romeo y Julieta
ya están muertos,
pero el ODIO entre los CAPULETO
y los MONTESCO no tiene fin...



El príncipe Escalo decide que la única manera de traer la paz a las dos familias es casando a un Montesco con una Capuleto. Los elegidos son Benvolio y Rosalina.

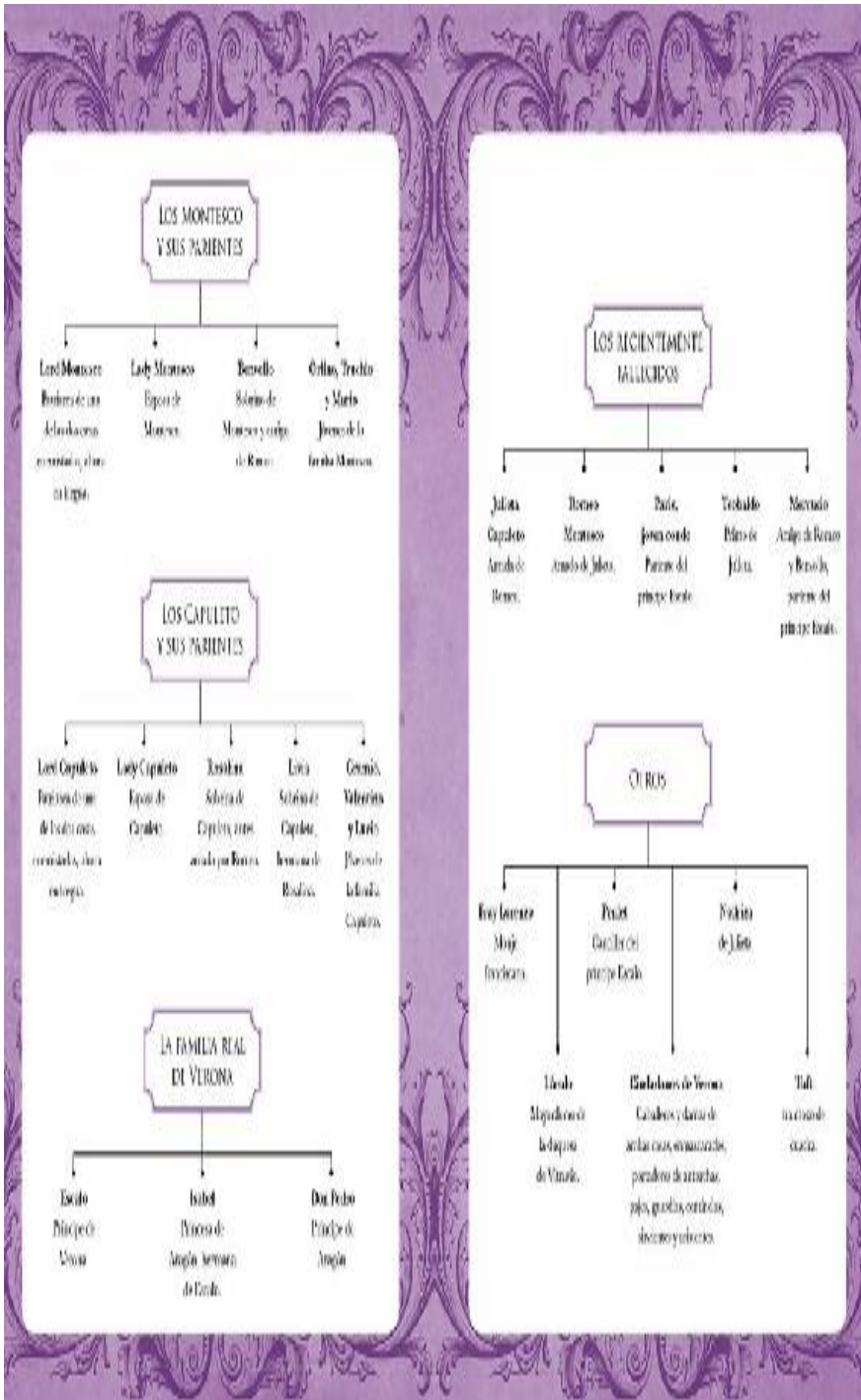
Ellos, a diferencia de sus primos, no están enamorados y quieren encontrar una solución sin llegar al altar.

Pero la sangre vuelve a correr por las calles de Verona y los jóvenes deben descubrir quién es el responsable antes de que sea demasiado tarde...

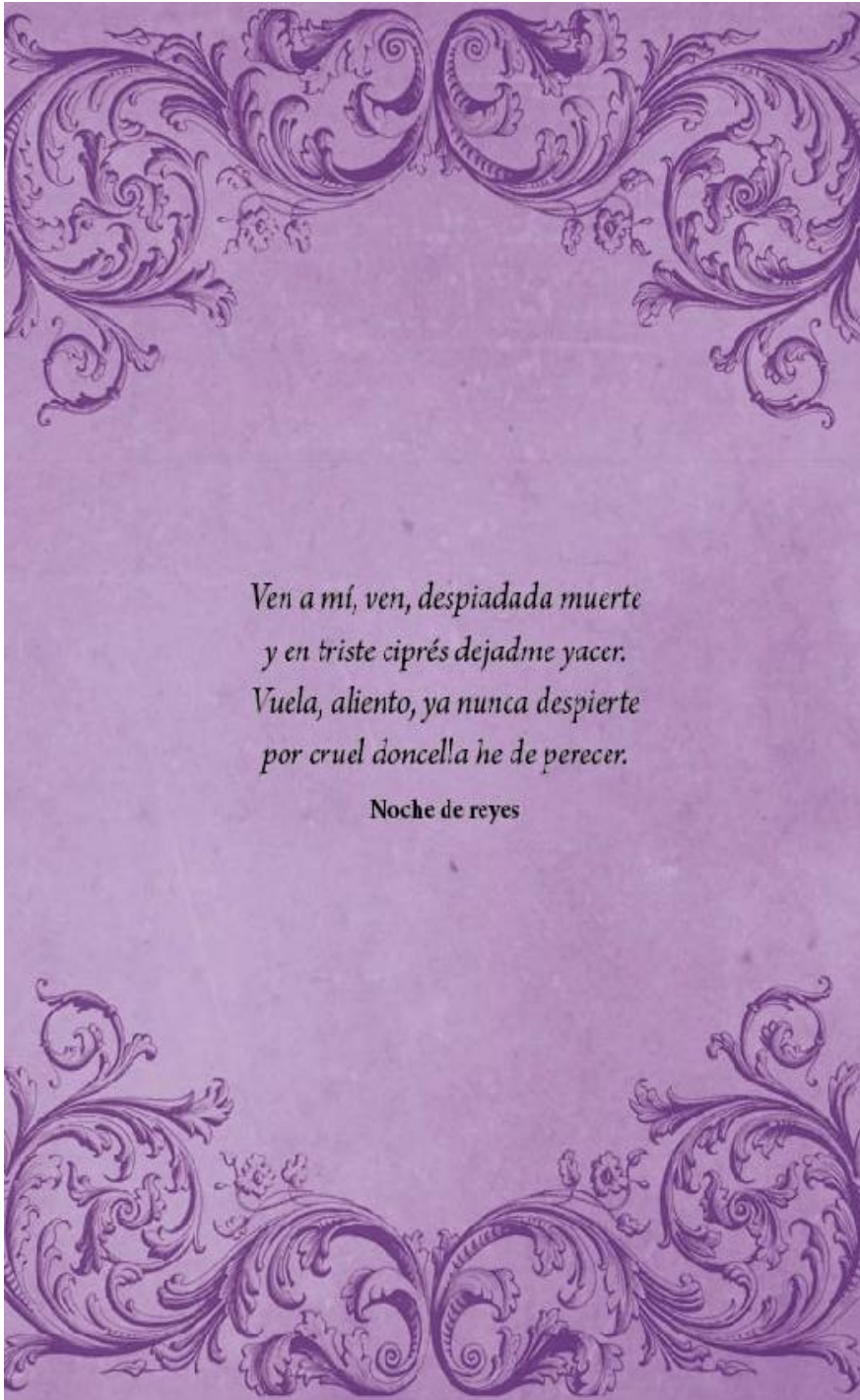
Benvolio, Rosalina y el príncipe se dan cuenta de que el camino hacia la paz puede ser una tortura y de que el verdadero amor puede destruirlo todo.

ESTA ES UNA OBRA DE FICCIÓN. LOS NOMBRES, PERSONAJES, LUGARES E INCIDENTES SON PRODUCTO DE LA IMAGINACIÓN DE LA AUTORA, O BIEN, SE USAN EN FORMA FICTICIA. CUALQUIER SEMEJANZA CON PERSONAS REALES, VIVAS O MUERTAS, O CON ACONTECIMIENTOS O LUGARES REALES, ES ABSOLUTAMENTE CASUAL.

Para mis hermanas, Amanda y Hannah, que me ayudaron a cruzarla línea de llegada.







*Ven a mí, ven, despiadada muerte
y en triste ciprés dejadme yacer.
Vuela, aliento, ya nunca despierte
por cruel doncella he de perecer.*

Noche de reyes



En las calles de la bella Verona, el sol estaba caliente.

El verano se acercaba a su fin, y el sol, ¡ah, cómo ardía! Arrancaba reflejos a los adoquines, y los mendigos rezongaban y se quemaban los pies descalzos y sucios. Se derramaba sobre los mercaderes, y les caía el sudor por el cuello los días de mercado. Y las grandes familias... bueno, estaban a salvo en sus frescas casas de piedra, con sótanos lo suficientemente profundos para conservar un poco de frescura, pero cuando aquellas emergían al ponerse el sol, el aire aún estaba denso y caliente.

Sí, el calor pesaba sobre Verona. ¿Sería por eso que sus habitantes andaban cabizbajos? ¿Que se acallaba el bullicio habitual de la ciudad, y su gente caminaba de a dos o de a tres, hablando en susurros, para luego desaparecer por las puertas en sombras? ¿O era acaso por la muerte?

Había sido un verano sangriento. Noche tras noche, en las calles resonaba el eco de pasos, el roce de aceros. Los nombres de los muertos pasaban de gargantas roncadas a oídos incrédulos. Mercucio. Teobaldo. Paris. Romeo. Julieta.

Había pasado una quincena y algunos días más desde que las flores de la juventud de la ciudad habían terminado de segarse entre sí. Sacudidas por la pérdida de tantos de los suyos, las grandes casas Montesco y Capuleto habían jurado poner fin al derramamiento de sangre. Apenas tres días antes, el gran Montesco, como prueba de la amistad que ofrecía, había develado su obsequio para su antiguo enemigo: la estatua representaba a una mujer joven y bella, poco más que una niña. Hecha en oro puro, se alzaba sobre

la tumba de una dama a quien Montesco jamás le había dirigido la palabra en vida. La única hija de su mayor enemigo. La esposa del hijo de Montesco durante cinco días. Julieta Capuleto.

Era una obra hermosa, el homenaje de Montesco a su nuera muerta. Aquella mañana en Verona, el amanecer se reflejaba en su rostro dorado. El cementerio estaba vacío, pero de haber habido algún visitante en ese momento, habría observado la expresión hábilmente lograda de tristeza con la que esa figura contemplaba la estatua de su amado Romeo, del otro lado del portal. Habría reparado en el hermoso poema escrito en el pedestal de la joven, un lamento por su muerte prematura.

Y cuando los primeros rayos del sol besaran la forma rígida de la bella Julieta, habría visto la palabra RAMERA garabateada en su rostro con pintura negra.



—Solo ponte el vestido, te lo ruego, Livia.

Lady Rosalina extendió el vestido negro hacia su hermana menor por lo que le pareció la centésima vez.

Livia frunció la nariz con disgusto y eludió a Rosalina.

—¿Realmente debemos seguir vistiéndonos de luto, Rosalina? Estoy segura de que la prima Julieta no desearía esto.

Rosalina se dio por vencida, dejó de intentar atrapar a Livia y se dejó caer en la cama de su hermana.

—Ella te lo dijo, ¿es así? ¿Acaso su sombra te lo susurró desde la cripta?

Livia rio y tomó el vestido negro. Lo arrojó al suelo y empezó a bailar sobre él. Livia jamás caminaba si, en cambio, podía practicar el último giro con reverencia de la corte.

—Así es. Pasé por la cripta de los Capuleto y su fantasma me susurró: “Prima, no te pongas esos feos vestidos de luto por mí, pues prefiero que me recuerden con alegría y no con ropajes negros que hagan sudar a todos los hombres y mujeres de la familia con el calor del verano. Además, deseo que tengas mi brazalete de coral”.

–Una sombra parlanchina, nuestra prima –Rosalina recogió el vestido y le alisó las arrugas–. Claro, siempre lo fue en vida.

Los ojos de las hermanas se encontraron en el espejo. Livia se detuvo en medio de un giro. Por un momento, su vivacidad flaqueó y cedió, como un velo que el viento aparta.

Las hijas huérfanas de Niccolo Tirimo no lloraban mucho. Era uno de los pocos rasgos que compartían. Livia, de quince años, había reído mucho en las últimas semanas. Un extraño quizás la habría considerado insensible, pero su hermana sabía que no lo era. Cuando más reía Livia era cuando estaba asustada.

A Rosalina, la mayor con sus diecisiete años, no había dejado de dolerle la cabeza desde el inicio de la matanza. Una vez más le palpitaron las sienes al mirar en el espejo los ojos grandes de Livia, llenos de lágrimas contenidas, y empezaron a filtrarse por la mente de la hermana mayor los nombres de los muertos: el alegre Mercucio, por quien suspiraba la mitad de las damas de Verona, asesinado por la espada de Teobaldo. El mismo primo Teobaldo, que tanto protegía a las mujeres de su familia Capuleto, cayó bajo la espada de Romeo. El conde Paris, pariente del príncipe, que se había desangrado en la puerta de la tumba de su amada. Romeo, heredero de los Montesco. Y Julieta, la flor de los Capuleto.

La Julieta cuya muerte lamentaba Rosalina no era la hermosa doncella por la que lloraba Verona. La ciudad lloraba por una heredera joven y bella; Rosalina, en cambio, recordaba una mano pegajosa en la suya, una vocecita que le ordenaba esperar para que las piernas más cortas de Julieta pudieran alcanzarla, el asombro y la diversión en los ojos de Julieta cuando compartían alguna travesura especialmente atrevida. Cuando Rosalina era pequeña, había pasado mucho tiempo en compañía de la única hija de su tío Capuleto. Aunque Julieta tenía varios años menos que Rosalina, la imperiosa niña heredera de Capuleto había preferido estar con las muchachas mayores,

y Rosalina no podía negarse. Por fortuna, Julieta había sido una niña inteligente y de gran corazón, de modo que su compañía no resultaba un problema. La madre de Rosalina, lady Katherina, había sido dama de compañía de la princesa María de Verona, y a menudo llevaba consigo a sus hijas y a su sobrina al palacio, donde pasaba sus días. Julieta, Livia, Rosalina y la hija de la princesa, Isabel, habían hecho del palacio su patio de juegos.

Aquellos días de retozar por el palacio y por la casa Capuleto, provocando al hermano mayor de Isabel, Escalo, y enloqueciendo a la nodriza de Julieta, habían sido los más felices de la vida de Rosalina. Por entonces, sus padres aún vivían. Su madre era hermana de lord Capuleto, y su padre era un noble de la costa oeste; ella y Livia no tenían la misma categoría que su prima Julieta, pero tenían un sitio asegurado en Verona.

Pero cuando Rosalina tenía once años, su padre murió, y todo empezó a cambiar. El infortunio al que no se vio sometida en su niñez feliz pareció llegar en el lapso de unos pocos años. Como su padre no había tenido hijos varones, la mayor parte de sus tierras y su fortuna pasaron a manos de un pariente lejano, con lo cual las niñas y su madre quedaron en circunstancias muy reducidas. Poco después, la princesa María murió al dar a luz a un bebé muerto, y a Isabel la enviaron a criarse con la familia real de Sicilia, lo que puso fin a la relación estrecha de la familia de Rosalina con el palacio. Su madre nunca se recuperó de la conmoción por la pérdida de su esposo, y lo siguió a la muerte menos de dos años más tarde. Atrás quedaron los días en que Rosalina y su familia vivían en una hermosa casa en el centro de la ciudad, cuando además contaban con la apreciada compañía de las damas jóvenes más ricas y nobles de la ciudad. En cambio, Rosalina y Livia fueron a vivir con la madre de lady Capuleto, tía abuela de Rosalina por matrimonio. La propiedad de la duquesa de Vitruvio quedaba en las afueras de la ciudad, pero a veces tenían la impresión de haberse mudado a otro continente. Los ambiciosos lord y lady Capuleto ya no las consideraban dignas de jugar con

su hija, y prácticamente les habían prohibido la entrada a su casa. Desde entonces, las hermanas habían visto a Julieta solo en las fiestas, algunas veces al año, y por lo general, desde lejos.

En esos años terribles, Rosalina lamentó la pérdida de Julieta. Fue entonces cuando debió sobrellevar la ira y la soledad mientras aprendía a consolar el llanto de Livia, que era demasiado pequeña para entender por qué su amiga ya no las invitaba a visitarla. Por eso, lo que ahora lastimaba el corazón de Rosalina era que ya no conocía a la joven que se había quitado la vida en la cripta de los Capuleto.

Rosalina suspiró, pasando los dedos por el marco de la ventana, y dejó que se borrara de su mente la visión de la niña dulce y consentida que había sido Julieta. A pesar de todo el infortunio que habían sufrido ella y Livia, su situación actual no era mala. Compartían una casa pequeña y modesta en el fondo de la propiedad de su tía abuela, y la duquesa, a quien poco le interesaba lo que hicieran sus tuteladas pobres, casi no se inmiscuía en sus vidas. Rosalina no lamentaba que su pariente Capuleto las ignorara; los acontecimientos del verano habían demostrado a las claras que el hecho de pertenecer al círculo de los Capuleto era tanto una maldición como una bendición. Y tras la muerte de su madre, un rico mercader de Messina había alquilado su casa por una suma sorprendentemente generosa, lo cual permitía que Livia y Rosalina tuvieran lo suficiente para vivir y, cuando llegara el momento, para casarse. O, al menos, para que Livia se casase. Para sí misma, la hermana mayor tenía planes un poco diferentes.

Rosalina jamás diría una sola palabra de ello a su familia, pero el dolor que sentía por la muerte de Julieta no era mayor del que sentía por el del Montesco enamorado de su prima. Cada vez que Rosalina pensaba en Romeo, la envolvía un sentimiento de culpa tan grande que casi deseaba que la absorbiera por completo.

Basta, se dijo, enojada. Sabes que no habrías podido salvarlo. A ninguno de ellos.

Pero no era verdad. Toda Verona sabía que había, por lo menos, un hombre al que habría podido salvar. Pues antes de amar a Julieta, Romeo la había amado a ella. Y ahora aquel joven dulce y enamorado estaba muerto.



El príncipe Escalo salió de la ciudad a toda prisa.

El jubón se le adhería a la espalda por el sudor, y sentía a su semental, Benicio, esforzándose debajo de él, pero no se detuvo ni aminoró la marcha mientras las murallas de Verona quedaban más y más atrás. Su cabalgata diaria fuera de la ciudad era el único placer que se permitía en estos tiempos turbulentos, y últimamente le parecía que tenía que alejarse cada vez más, para escapar de la sensación de que la ciudad lo sofocaría.

Había despertado esa mañana temblando por una pesadilla en la cual los anteriores monarcas de la ciudad se reunían a los pies de su cama para condenar su incapacidad de evitar la matanza entre la juventud de Verona. Esa pesadilla lo había acompañado todo el día, y su mente preparaba reflexivamente argumentos para rebatir las acusaciones de sus ancestros. Traté de detenerlos. Su hostilidad estaba demasiado arraigada. Al fin lo he concluido. Traté de enfocar su mente en eso, en cómo había inducido a las casas Montesco y Capuleto a erigir estatuas, el uno en memoria del hijo del otro. Había estado allí dos días atrás, cuando los dos señores las habían develado en una muestra inquieta, pero decidida, de unidad pública: Romeo y Julieta, dorados, bellos y juntos para siempre. Era el Día de Lammias, el primero de agosto, y al padre de Julieta se le quebraba la voz al contemplar la imagen de su hija, pues ese día ella habría cumplido catorce años, de haber vivido. Pero él había prometido la paz en la voz más alta que había podido, igual que Montesco. Sin embargo, nada de ello impedía que Escalo imaginara la mirada reprobatoria de su padre.

En fin, no había tiempo para lamentarse. Ambas casas habían prometido poner fin a la violencia; él haría lo que